

to con una red cuyos cuatro extremos estaban sostenidos por demonios. «¡ Ah !, exclamó el Santo, ¿quién podrá escapar de esta red?» «Antonio, le dijo el Señor, basta tener humildad: es decir, si reconoces que de tu parte nada mereces, que de nada eres capaz con tus solas fuerzas, entonces saldrás triunfante.» Un amigo de San Agustín le preguntó cuál era la virtud que debía practicar para ser más agradable a Dios. Contéstole el Santo: «Te basta la sola humildad. En vano he trabajado en buscar la verdad; para conocer el camino que más seguramente lleve a Dios, nunca he sabido hallar otro». Escuchad lo que nos cuenta la historia (1). San Macario, un día que regresaba a su morada con un haz de leña, halló al demonio empuñando un tridente de fuego, el cual le dijo: «Oh, Macario, cuánto sufro por no poderte maltratar; ¿por qué me haces sufrir tanto? pues cuanto haces, lo practico yo mejor que tú: si tú ayunas, yo no como nunca; si tú pasas las noches en vela, yo no duermo nunca; solamente me aventajas en una cosa, y con ella me tienes vencido». ¿Sabéis, H. M., cuál era la cosa que tenía San Macario y el demonio no? ¡ Ah ! amados míos, la humildad. ¡ Oh, hermosa virtud, cuán dichoso y cuán capaz de grandes cosas es el mortal que te posee !

En efecto, H. M., aunque tuvieseis todas las demás virtudes, si os faltase ésta, nada tendríais. Abandonad toda vuestra fortuna a los pobres, llorad los pecados durante toda la vida, someteos a todas las penitencias que vuestro cuerpo podrá soportar, pasad los años de vuestra existencia en el retiro; si no tenéis humildad, habréis de condenaros (2). Por esto vemos que todos los santos pasaron su vida entera trabajando en ad-

(1) *Vida de los Padres del desierto*, San Macario de Egipto, t. II, p. 358.

(2) «Si no tenéis humildad habréis de condenaros», es decir, os expondréis al peligro de condenaros, si no tenéis la humildad que Dios exige de vosotros.

quirirla o conservarla. Cuanto más les colmaba Dios de favores, más profundamente se humillaban. Mirad a San Pablo, arrebatado hasta el tercer cielo; se tiene por gran pecador, un perseguidor de la Iglesia de Cristo, un miserable bastardo, indigno del lugar que ocupa (1). Mirad a San Agustín, a San Martín: entraban en el templo temblando, tanta era la confusión que sentían al considerar su miseria espiritual. Estas deberían ser nuestras disposiciones para ser agradables a Dios. Vemos, H. M., que un árbol, cuanto más cargado de fruto se halla, más inclina hacia el suelo sus ramas; así también nosotros, cuanto mayor sea el número de nuestras buenas obras, más profundamente debemos humillarnos, reconociéndonos indignos de que Dios se sirva de tan vil instrumento para hacer el bien. Sí, H. M., solamente por la humildad podemos reconocer a un buen cristiano.

Mas, me diréis, ¿de qué manera podremos distinguir si un cristiano es humilde? — Nada más fácil, según ahora vais a ver. Ante todo os digo que una persona verdaderamente humilde nunca habla de sí propia, ni en bien ni en mal; conténtase con humillarse delante de Dios, que la conoce tal cual es. Sus ojos no atienden más que a su conducta propia, y gime siempre por reconocerse muy culpable; por otro lado, no deja de trabajar por hacerse cada vez más digna de Dios. Nunca la veréis emitir su juicio sobre la conducta de los demás, nunca deja de formar buena opinión de todo el mundo. ¿Hay alguien a quien sepa despreciar? A nadie más que a sí propia. Siempre echa a buena parte lo que hacen sus hermanos, pues está muy persuadida de que sólo ella es capaz de obrar el mal. De aquí viene que, si habla de su prójimo, es para elogiarlo; si no puede decir de los demás cosa buena, se calla; cuando la des-

---

(1) I Tim., I, 13; I Cor., XV, 8-9.

precian, piensa que en ello hacen los demás lo que deben, pues, después de haber ella despreciado a su Dios, bien merece ser despreciada de los hombres; si le tributan elogios, se ruboriza y huye, lamentándose de ver que en el día del juicio final va a causar una gran decepción a los que la creían persona de bien, cuando en realidad está llena de pecados. Siente tanto horror de las alabanzas, cuanto los orgullosos aborrecen la humillación. Prefiere siempre para amigos a los que le dan a conocer sus defectos. Si se le ofrece la ocasión de favorecer a alguien, escogerá siempre como objeto de sus atenciones a quien la calumnió o le causó algún perjuicio. Los orgullosos buscan siempre la compañía de quienes los adulan y tienen en algo; ella, por el contrario, se apartará de la lisonja para ir en busca de los que parecen tenerla en opinión desfavorable. Sus delicias consisten en hallarse sola con su Dios, mostrarle sus miserias, y suplicarle que se apiade de ella. Ya esté sola, ya en compañía de otros, ningún cambio observaréis en sus oraciones, ni en su manera de obrar. Encaminando todas sus acciones solamente a agradar a Dios, nunca se preocupa de lo que podrán decir de ella los demás. Trabaja por agradar a Dios, mientras que al mundo lo coloca debajo de sus plantas. Así piensan y obran los que poseen el preciado tesoro de la humildad...

Jesucristo parece no hacer distinción entre el sacramento del Bautismo, el de la Penitencia y la humildad. Nos dice que, sin el Bautismo, jamás entraremos en el reino de los cielos (1); sin el de la Penitencia, después de haber pecado, no cabe esperar el perdón, y en seguida nos dice también que sin la humildad no entraremos en el cielo (2). Sí, H. M., aunque estemos

---

(1) Nisi quis renatus fuerit ex aqua et Spiritu sancto, non potest introire in regnum Dei. (Ioan., III, 5).

(2) Nisi... efficiamini sicut parvuli, non intrabitis in regnum caelorum (Matth., XVIII, 3).

llenos de pecados, si somos humildes, tenemos la seguridad de alcanzar perdón ; mas sin la humildad, aunque llevemos realizadas cuantas buenas obras nos sean posibles, no alcanzaremos la salvación. Ved un ejemplo que os mostrará esto perfectamente.

Leemos en el libro de los Reyes (1) que el rey Acab era el más abominable de los soberanos que habían reinado hasta su tiempo ; no creo que se pueda decir más de lo que de él dice el Espíritu Santo. Escuchad : «Era un rey dado a toda suerte de impurezas ; echaba mano, sin discreción, de los bienes de sus súbditos ; fué causa de que los israelitas se rebelasen contra su Dios ; parecía un hombre vendido y comprometido a realizar toda suerte de iniquidades : en una palabra, con sus crímenes dejó buenos a cuantos le habían precedido. Por todo lo cual, no pudiendo Dios soportar por más tiempo sus maldades, dispuesto a castigarle, llamó a su profeta Elías, ordenándole que se presentase al rey para darle a conocer los divinos propósitos : «Dile que los perros comerán sus carnes y se abrevarán en su sangre ; descargaré sobre su cabeza toda mi cólera y toda mi venganza ; nada omitiré para castigarle, hasta el punto de hacer llegar el exceso de mi furor a los perros que se hayan alimentado de sus despojos». Fijaos aquí en cuatro cosas : 1.<sup>a</sup> ¿Se ha visto jamás hombre malvado como aquél ? 2.<sup>a</sup> ¿Se ha visto jamás una determinación tan clara de hacer perecer a un hombre, ciertamente merecedor de tal castigo ? 3.<sup>a</sup> ¿Se ha dado nunca orden tan precisa ? «Todo ello, dijo el Señor, tendrá efecto en este lugar.» 4.<sup>a</sup> ¿Se ha visto nunca en la historia un hombre condenado a un suplicio tan infame cual el que debía sufrir Acab, esto es, hacer que su cuerpo y su sangre sirviesen de pasto a los perros ? ¡ Ah ! H. M., ¿quién podrá librarle de las manos de enemigo tan po-

---

(1) III Reg., XXI.

deroso, el cual ha comenzado ya a ejecutar sus designios?

En cuanto el profeta terminó su mensaje, Acab comenzó a rasgar sus vestiduras. Escuchad lo que le dijo el Señor: «Vamos, ya no es tiempo, comenzaste demasiado tarde; ahora me burlo de ti». Entonces ciñó a su cuerpo un áspero cilicio: «Crees tú, le dijo el Señor, que esto me inspirará piedad y hará revocar mi decreto; ahora ayunas: debías haber ayunado de la sangre de tantas personas a quienes diste muerte». Entonces el rey se arrojó al suelo y se cubrió de ceniza; cuando era preciso aparecer en público, andaba con la cabeza descubierta, y los ojos fijos al suelo. «Profeta, dijo el Señor, ¿has visto de qué manera se ha humillado Acab, postrándose con la faz en tierra? Pues ve a decirle que, ya que se ha humillado, dejaré de castigarle; ya no descargaré sobre su cabeza los rayos de mi venganza que para él tenía preparados. Dile que su humildad me ha conmovido, ha hecho revocar mis órdenes y ha desarmado mi cólera» (1).

Pues bien, H. M., ¿tenía razón al decirnos que la humildad es la más hermosa, la más preciosa de todas las virtudes, que todo lo puede delante de Dios, que Dios no sabe denegar nada a sus instancias? Poseyéndola, tenemos también todas las demás; pero, si nos falta, nada valen todas las demás. Terminemos pues, H. M., diciendo que conoceremos si un cristiano es bueno por el desprecio que haga de sí mismo y de sus obras, y por la buena opinión que en todo momento le merezcan los hechos o los dichos del prójimo. Si así nos portamos, H. M., tengamos por seguro que nuestro corazón gozará de felicidad en esta vida, y después alcanzaremos la gloria del cielo...

---

(1) III Reg., XXI.

# DOMINGO UNDÉCIMO DESPUÉS DE PENTECOSTÉS

## SOBRE EL JUICIO TEMERARIO

*Deus, gratias ago tibi, quia non sum sicut caeteri hominum: raptors, iniusti, adulteri, vclut hic publicanus.*

Os doy gracias, Dios mío, porque no soy como los demás hombres, ladrones, injustos, adúlteros, ni como este publicano que está aquí en vuestra presencia.

(S. LUCAS, XVIII, 11.)

Tal es, H. M., el lenguaje del orgulloso, el cual, hinchado con la buena opinión que de sí mismo tiene, desprecia con el pensamiento al prójimo, critica su conducta, y condena los actos realizados con la más pura e inocente intención. Sólo encuentra bien hecho o bien dicho lo que él hace o lo que él dice; le veréis siempre atento a las palabras y acciones del vecino, y, a la menor apariencia de mal, sin examinar motivo alguno, las reprende, las juzga y las condena. ¡Ah! maldito pecado, ¡de cuántas disensiones, odios y disputas eres causa, o mejor dicho, cuántas almas arrastras al infierno! Sí, H. M., vemos que los que están dominados por este pecado, se escandalizan y se extrañan de cualquier cosa. Preciso era que Jesús lo juzgase muy pernicioso, preciso es que los estragos que causa en el mundo sean horribles, cuando, para hacernos concebir grande horror al mismo, nos lo pinta tan a lo vivo en

la persona de aquel fariseo. ¡ Ah ! H. M., ¡ cuán grandes, cuán horribles son los males que ese maldito pecado encierra ! ¡ Oh ! ¡ cuán costoso le es corregirse al que está dominado por él !... Para animaros, H. M., a sacudir en todo momento el yugo de semejante defecto, voy 1.º a dároslo a conocer en cuanto me sea posible ; 2.º veremos los medios que hay que emplear para corregirnos.

I. — Ante todo habéis de saber que el juicio temerario es un pensamiento o una palabra desfavorables para el prójimo, fundados en leves apariencias. Solamente puede proceder de un corazón malvado, lleno de orgullo o de envidia ; puesto que un buen cristiano, penetrado como está de su miseria, no piensa ni juzga mal de nadie ; jamás aventura su juicio sin un conocimiento cierto, y eso todavía cuando los deberes de su cargo le obligan a velar sobre las personas cuyos actos juzga. Hemos dicho, H. M., que los juicios temerarios nacen de un corazón orgulloso o envidioso, lo cual es fácil de comprender. El orgulloso o el envidioso sólo tiene buena opinión de sí mismo, y echa a mala parte cuanto hace el prójimo ; lo bueno que en el prójimo observa, le aflige y le corroe el alma. La Sagrada Escritura nos presenta un caso típico en la persona de Caín, quien tomaba a mal cuanto hacía su hermano (1). Viendo que las obras de éste eran agradables a Dios, concibió el negro propósito de matarle. Este mismo pecado fué el que llevó a Esaú a intentar el asesinato de su hermano Jacob (2). Empleaba todo el tiempo en indagar lo que Jacob hacía, pensaba siempre mal en su corazón, sin que hallase nunca acción buena en las obras por aquél ejecutadas. Mas Jacob, de corazón bondadoso y espíritu humilde, nunca juzgó mal de su hermano ; le amaba entrañablemente, tenía de él muy

(1) Gen., IV, 5.

(2) Id., XXVII, 41.

buena opinión, hasta el punto de excusarle todos sus actos, aunque muy malvados, pues no tenía otro pensamiento que el de quitarle la vida. Jacob hacía todo lo posible para cambiar las disposiciones del corazón de su hermano. Rogaba a Dios por él, obsequiábale con regalos y presentes para manifestarle su amor y darle a entender que no abrigaba los pensamientos que Esaú creía. ¡ Ay ! H. M., ¡ cuán detestable es en un cristiano el pecado que nos induce a no poder sufrir el bien de los demás y a echar siempre a mala parte cuanto ellos hacen ! Sí, H. M., este pecado es un gusano roedor que está devorando noche y día a esos pobres infelices : los hallaréis siempre tristes, cariacontecidos, sin querer declarar jamás lo que los molesta, pues en ello verían también lastimado su orgullo ; el tal pecado los hace morir a fuego lento. ¡ Oh, Dios mío ! ¡ cuán triste es su vida ! Por el contrario, ¡ cuán dichosa es la existencia, H. M., de aquellos que jamás se inclinan a pensar mal y echan siempre a buena parte las acciones del prójimo ! Su alma permanece en paz, sólo piensan mal de sí propios, lo cual les inclina a humillarse delante de Dios y a esperar en su misericordia. Ved aquí un ejemplo.

Leemos en la historia de los Padres del desierto que un religioso que había llevado una vida lo más pura y casta posible, contrajo una enfermedad que le llevó a la sepultura. Al hallarse cercano a la muerte, mientras todos los religiosos del monasterio le rodeaban, el superior le suplicó declarase en qué cosa creía haber sido más agradable a Dios. «Padre mío, respondió el moribundo, muy penoso me será declararlo, mas por obediencia lo diré. Desde mi infancia comencé a combatir las más rudas tentaciones del demonio ; pero cuanto más él me atormentaba, tanto mayores eran los consue- los que yo recibía de Dios y de la Santísima Virgen, la cual un día, en que era yo muy atormentado del maligno espíritu, se me apareció llena de gloria, echó al de-

monio y animóme al mismo tiempo a la perseverancia en la virtud. «Para que conozcas los medios más eficaces para ello, me dijo la Virgen, voy a descubrirte alguna parte de los inmensos tesoros de mi divino Hijo; quiero enseñarte tres cosas, las cuales, si las practicas rectamente, te harán muy agradable a los ojos de Dios, y te proporcionarán siempre fácil victoria sobre el demonio tu enemigo, quien sólo desea tu eterna condenación. Sé siempre humilde; en la comida, no busques nunca lo que más te guste; en el vestido, vístete siempre con sencillez; en tus funciones, no pongas jamás apego a las que puedan ensalzarte a los ojos del mundo, sino a las que son a propósito para rebajarte; en cuanto a tu prójimo, no juzgues nunca mal acerca de sus obras o palabras, ya que muy frecuentemente los pensamientos del corazón no se conforman con el acto exterior. Juzga y piensa bien de todo el mundo; es ésta una acción muy agradable a mi Hijo». Dicho esto, desapareció la Santísima Virgen, y desde entonces me he consagrado a poner en práctica sus saludables consejos; lo cual creo que habrá contribuído grandemente a ganar méritos para el cielo.»

Según esto, H. M., veis muy bien que sólo un corazón malvado puede juzgar mal del prójimo. Por otra parte, al juzgar al prójimo, debemos tener siempre en cuenta su flaqueza y su capacidad de arrepentirse. Ordinariamente, casi siempre, debemos después rectificar nuestros juicios acerca del prójimo, ya que, una vez examinados bien los hechos, nos vemos forzados a reconocer que aquello que se dijo era falso. Nos suele acontecer lo que sucedió a los que juzgaron a la casta Susana fundándose en la delación de dos falsos testigos y sin darle tiempo de justificarse (1); otros imitan la presunción y malicia de los judíos, que declararon a

---

(1) Dan., XIII, 41.

Jesús blasfemo (1) y endemoniado (2); otros, por fin, se portan como aquel fariseo, que, sin preocuparse de indagar si Magdalena había o no renunciado a sus desórdenes, y por más que la vió en estado de gran aflicción acusando sus pecados y llorándolos a los pies de Jesucristo su Salvador y Redentor, no dejó de considerarla como una infame pecadora (3).

El fariseo, H. M., que Jesús nos presenta como modelo infame de los que piensan y juzgan mal de los demás, cayó, al parecer, en tres pecados. Al condenar a aquel pobre publicano, piensa mal de él, le juzga y le condena, sin conocer las disposiciones de su corazón. Aventura sus juicios solamente por conjeturas: primer efecto del juicio temerario, H. M. Le desprecia en sí mismo sólo por efecto de su orgullo y malicia: segundo carácter de ese maldito pecado. Finalmente, sin saber si es verdadero o falso lo que le imputa, le juzga y le condena; y entre tanto aquel penitente, retirado en un rincón del templo, golpea su pecho y riega el suelo con sus lágrimas pidiendo a Dios misericordia.

Os digo, en primer lugar, que la causa de tantos juicios temerarios es el considerarlos como cosa de poca importancia; y no obstante, si se trata de materia grave, muchas veces podemos cometer pecado mortal. — Pero, me diréis, esto no sale al exterior del corazón. — Aquí está precisamente lo peor de este pecado, ya que nuestro corazón ha sido creado sólo para amar a Dios y al prójimo; y cometer tal pecado es ser un traidor... En efecto, muchas veces, por nuestras palabras, damos a entender (a los demás) que los amamos, que tenemos de ellos buena opinión; cuando, en realidad, en nuestro interior los odiamos. Y algunos creen que, mientras no exterioricen lo que piensan, ya no

(1) Matth., IX, 3.

(2) Ican., VII, 20, etc.

(3) Luc., VII, 39.

obran mal. Ciertamente que el pecado es menor que cuando se manifiesta al exterior, ya que en este caso es un veneno que intentamos inyectar en el corazón del vecino a costa del prójimo.

Si grande es este pecado cuando lo cometemos solamente de corazón, calculad lo que será a los ojos de Dios cuando tenemos la desgracia de manifestar nuestros juicios por palabra. Por esto hemos de examinar muy detenidamente los hechos, antes de emitir nuestros juicios sobre el prójimo, por temor de no engañarnos, lo cual acontece con suma frecuencia. Ved lo que hace un juez cuando ha de condenar a muerte a un acusado: llama primero separadamente a los testigos; les pregunta, y está extremadamente atento a observar si se contradicen; los amenaza, los mira con aire severo: lo cual infunde terror y espanto en el corazón; pone además todos sus esfuerzos en arrancar la verdad de la boca del culpable. Veréis que a la menor duda suspende el juicio; y cuando se ve obligado a pronunciar sentencia de muerte, lo hace temblando, por temor de condenar a un inocente. ¡ Ah! H. M., ¡ cuántos juicios temerarios evitaríamos, si acertásemos a tomar todas estas precauciones cuando tratamos de juzgar la conducta y las acciones del prójimo! ¡ Ah! H. M., ¡ cuánto menor número de almas poblaría el infierno!

En la persona de nuestro padre Adán, nos ofrece Dios un admirable ejemplo acerca de la manera como debemos juzgar a nuestro prójimo. El Señor había visto y oído todo cuanto Adán hiciera; no hay duda que podía condenar a nuestros primeros padres sin ulterior examen; pero no, para enseñarnos a no precipitarnos nunca en nuestros juicios sobre las acciones del prójimo, les pregunta a uno y otro, a fin de que confiesen el mal que cometieron (1). ¿De dónde viene, pues

---

(1) Gen., III.

H. M., esa multitud de juicios temerarios y precipitados acerca de nuestros hermanos? ¡Ay! del gran orgullo que nos ciega ocultándonos nuestros propios defectos, que son innumerables, y muchas veces más horribles que los de las personas de quienes pensamos o hablamos mal; y de aquí viene que casi siempre nos equivocamos juzgando mal las acciones del vecino. Algunos he conocido que hacían, indudablemente, falsos juicios, y por más que se les advirtiese de su error, ni por esas querían retroceder en sus apreciaciones. Andad, andad, pobres orgullosos, el Señor os espera, y ante El tendréis forzosamente que reconocer que sólo era el orgullo lo que os llevaba a pensar mal del prójimo. Por otra parte, H. M., para juzgar sobre lo que hace o dice una persona, sin engañarnos, sería necesario conocer las disposiciones de su corazón y la intención con que dijo o hizo tal o cual cosa. ¡Ay! H. M., nosotros no las tomamos todas estas precauciones, y por eso obramos mal al examinar la conducta del vecino. Es como si condenásemos a muerte a una persona fundándonos únicamente en las declaraciones de algunos atolondrados, y sin darle lugar a justificarse.

Pero, me diréis tal vez, nosotros juzgamos solamente acerca de lo que hemos visto, según lo que hemos visto, y aquello que hemos presenciado. «He visto hacer tal acción, pues la afirmo; con mis oídos he escuchado lo que ha dicho; después de esto no puedo ya engañarme.» — Pues yo os invito a que entréis dentro de vosotros mismos y consideréis vuestro corazón, el cual no es sino un depósito repleto de orgullo; y habréis de reconocer infinitamente más culpables que aquel a quien juzgasteis temerariamente, y con mucha razón podéis temer que un día le veréis entrar en el cielo, mientras vosotros seréis arrastrados por los demonios al infierno. «¡Ah! miserable orgulloso, nos dice San Agustín, ¿te atreves a juzgar a tu hermano ante la me-

nor apariencia de mal, y no sabes si está ya arrepentido de su culpa, y se cuenta en el número de los amigos de Dios? Anda con cuidado que no te arrebate el lugar que tu orgullo te pone en gran peligro de perder.» Sí, H. M., esas interpretaciones, esos juicios temerarios salen siempre de quien cobija un gran orgullo secreto, que no se conoce a sí mismo y se atreve a querer conocer el interior del prójimo: cosa solamente conocida de Dios. ¡Ay! H. M., si pudiésemos arrancar este pecado capital de nuestro corazón, nunca el prójimo obraría mal a nuestro entender; nunca nos divertiríamos examinando su comportamiento; nos contentaríamos con llorar nuestros pecados, y hacer todos los posibles para corregirnos, y nada más. Sí, H. M., creo que no hay pecado más temible ni más difícil de enmendar, hasta tratándose de personas que parecen cumplir recatadamente sus deberes religiosos. Sí, H. M., la persona que no está dominada por ese maldito pecado, puede ser salva sin someterse a grandes penitencias. Voy a referiros un ejemplo admirable.

En la historia de los Padres del desierto se refiere que cierto religioso había llevado una vida vulgar sin manifestaciones extraordinarias de virtud, hasta el punto que los demás compañeros le tenían por muy imperfecto. Cuando estuvo en trance de muerte, el superior observó que se hallaba tranquilo y contento cual si tuviese ya el cielo asegurado. Extrañado al ver tanta paz en aquella hora, y temiendo no fuese eso un estado de ceguera suscitado por el demonio, que de esta manera a tantos ha engañado, le dijo: «Hermano mío, paréceme veros muy tranquilo, cual si nada tuvieseis que temer; sin embargo, no recuerdo, en vuestra vida, nada que os pueda inspirar tanta confianza; antes al contrario, el escaso bien que habéis hecho debería llenaros de espanto en esta hora en que los más grandes santos temblaron». — «Es muy cierto, padre mío, que

el bien que he podido ejecutar es poca cosa, casi nada ; pero lo que me llena de consuelo en este momento, es que durante toda mi vida me he ocupado en cumplir el gran precepto del Señor, dado a todo el mundo, de no pensar, hablar, ni juzgar mal de nadie : siempre he pensado que mis hermanos obraban mejor que yo, y que yo era el más criminal del mundo ; he ocultado y excusado siempre sus defectos, por cuanto ésta era la voluntad de Dios ; y, puesto que Jesucristo ha dicho : «No juzgues y no serás juzgado», confío ahora ser juzgado favorablemente. Tal es, padre mío, el fundamento de mi esperanza». Admirado el superior, exclamó : «¡ Ah ! ¡ hermosa virtud, cuán preciosa eres a los ojos de Dios ! ¡ Vete en paz, hermano mío, grandes cosas has hecho, tienes el cielo asegurado !» ¡ Oh, hermosa virtud, cuán rara eres ! ¡ Ay ! ¡ tan rara como lo son los que merecen el cielo !

En efecto, H. M., ¿ qué viene a ser un cristiano que posea las demás virtudes y se halle falto de ésta ? ¡ Ay ! no es más que un hipócrita, un falsario, un malvado, a quien el aparecer virtuoso exteriormente, sírvele tan sólo para aumentar su iniquidad. ¿ Queréis conocer, H. M., si sois de Dios ? Mirad de qué manera os portáis con el prójimo, mirad cómo examináis y juzgáis sus actos. Lejos de aquí, pobres orgullosos, miserables envidiosos y celosos, el infierno y sólo el infierno es vuestro destino. Mas veamos esto más detalladamente.

¿ Se habla bien de una joven refiriéndose sus buenas cualidades ? ¡ Ah !, replicará alguno, si es verdad que tiene buenas cualidades, tampoco le faltan otras malas ; ella frecuenta la compañía de fulano, quien no tiene por cierto muy buena fama ; seguro estoy de que no se encuentran para hacer nada bueno. Aquí veis venir una muy bien compuesta y que lleva muy bien compuestos a sus hijos ; pero haría mejor pagándome lo que me debe. Esotra parece buena y afable

para todo el mundo, mas, si la conocieseis cual yo la conozco, la juzgaríais de muy distinta manera; todos sus cumplidos los hace para mejor ocultar sus desórdenes; fulano se propone pedirla en matrimonio, mas, si me pidiese consejo, le diría lo que él no sabe; en una palabra, es una mala persona. ¿Quién es éste que ahora pasa? ¡Ay, amigo! poca cosa perderás no conociéndole. Sólo te diré una cosa: huye de su compañía, es un escandaloso; todos le tienen por tal. Lo mismo que esta mujer que finge discreción y piedad, siendo así que es la más aborrecible persona que la tierra haya sostenido; por otra parte, ya es cosa corriente que esas personas que quieren pasar por virtuosas y prudentes, sean las más rencorosas y malvadas.—¿Tal vez os habrá ofendido en algo? — ¡Oh! no, pero bien sabéis que todas son lo mismo. Acabo de hablar con un antiguo conocido; es ciertamente un gran borracho, un famoso insolente. — ¿Seguramente, dirá el interlocutor, os habrá dicho algo molesto? — ¡Ah! no, jamás me ha dicho nada que no estuviese en razón, pero todo el mundo le tiene por lo que he dicho. — Si no lo oyese de tus labios no quisiera creerlo. — Cuando se halla entre gente que no le conoce, el hipócrita sabe muy bien disimular; todo el mundo le tendría por buena persona. El otro día me encontré con fulano, a quien ya conocéis, y seguramente tenéis por virtuoso; yo os aseguro que, si no daña a nadie, es porque le falta ocasión; no quisiera hallarme solo con él. — ¿Seguramente, dirá el otro, os habrá perjudicado alguna vez en algo? — No, jamás he tenido tratos con él. — ¿Cómo, pues, sabéis su mal comportamiento? — ¡Oh! no es cosa difícil, todos lo dicen. Como aquel que el otro día estaba con nosotros: al oírle, diríais que es el hombre más caritativo de este mundo, que no sabe negar nada a quien le pide algún favor; mas en realidad es un avaro empedernido que andaría diez le-

guas para ganar dos cuartos ; os aseguro que el mundo está desconocido ; de nadie podemos fiarnos. Ved también al que, hace poco, hablaba con vos : sus negocios andan bien, todos los de su casa se dan una vida excelente. Poco les cuesta, pues *no duermo todas las horas de la noche*. — ¿Quizá le habréis visto robar a alguien? — ¡ Oh ! no, jamás le vi tomar cosa ajena ; pero se dice que una noche le vieron entrar en su casa muy cargado ; desde entonces no goza de muy buena reputación. Y termina su revista de esta manera : No os negaré que deje de tener yo mis defectos, pero sentiría mucho valer lo poco que valen esos sujetos de que hemos hablado. ¡ Aquí tenéis, H. M., al fariseo que ayuna dos veces por semana, paga los diezmos de cuanto posee, y da gracias a Dios porque no es como el resto de los hombres : injustos, ladrones, adúlteros ! ¡ Ya veis cuánto orgullo, cuánto odio, cuántos celos !

Pero decidme, H. M., ¿cuál es el fundamento de todos esos juicios y sentencias? ¡ Ay ! por lo general todo se funda en débiles apariencias, y casi siempre en el *se dice*. Pero tal vez me diréis que vosotros mismos lo habéis visto y oído. ¡ Ay ! aun así podéis muy fácilmente engañaros, según ahora vais a ver. Para no engañarse, es preciso conocer las disposiciones del corazón y la intención del sujeto al realizar un acto determinado. Escuchad un ejemplo que os mostrará hasta qué punto podemos engañarnos y nos engañamos las más de las veces. Decidme, H. M., ¿qué habríais dicho si hubieseis vivido en tiempo de San Nicolás, y le hubieseis visto en plena noche, rondando la casa de tres jóvenes doncellas, examinando el lugar detenidamente y cuidando de no ser visto de nadie? He aquí un obispo, habríais pensado al momento, que está deshonrando su carácter ; ¡ valiente hipócrita ! en el templo parece un santo, y aquí le tenéis, en plena noche, cabe la puerta de tres doncellas de no muy buena fama.

Sin embargo, H. M., aquel obispo, a quien indudablemente condenaríais, era un santo muy amado de Dios; y lo que allí hacía era la mejor obra del mundo. A fin de evitar a aquellas doncellas la vergüenza de mendigar, y pensando que la indigencia las haría abandonarse al pecado, iba por la noche y les echaba dinero por la ventana. Si hubieseis visto a la hermosa Judit dejar su vestido de luto, para adornarse con cuanto la naturaleza y el arte podían proporcionarle para hacer resaltar su extraordinaria belleza; al verla entrar en la tienda del general del ejército, que era un viejo impúdico; al verla poner a contribución todos los medios para hacerse agradable, seguramente habríais dicho: «He aquí una mujer de mala vida» (1). Sin embargo, era una piadosa viuda, muy casta, muy agradable a Dios, que exponía su vida para salvar la de su pueblo. Decidme, H. M., con vuestra precipitación en juzgar mal del prójimo, ¿qué habríais pensado al ver al casto José saliendo de la habitación de la mujer de Putifar, y al oír clamar a aquella pèrfida, ostentando en sus manos un jirón del manto de José, persiguiéndole como a un infame que quería robarle la honra? (2). Al momento, sin examinar la cosa, habríais ciertamente pensado y dicho que aquel joven era un perverso libertino que intentaba seducir a la mujer de su amo, de quien tantos favores había recibido. Y en efecto, Putifar, su amo, le condenó, y todo el mundo le creyó culpable, le vituperó y despreció; mas Dios, que penetra los corazones y conocía la inocencia de José, le da el parabién por la victoria alcanzada, al preferir perder su reputación antes que perder su inocencia y caer en el menor pecado.

Habéis, pues, de convenir conmigo, H. M., en que,

---

(1) Judit, X, 17.

(2) Gen., XXXIX, 16.

a pesar de todos los datos y de las señales al parecer más inequívocas, estamos siempre en gran peligro de juzgar mal las acciones de nuestro prójimo. Lo cual debe inducirnos a no juzgar jamás los actos del vecino sin madura reflexión y aun solamente cuando tenemos por misión la vigilancia de la conducta de aquellas personas, en cuyo caso se encuentran los padres y los amos respecto a sus hijos o a sus criados; en todo otro caso, casi siempre obramos mal. Sí, H. M., he visto a muchas personas juzgar mal de los actos de otras de quienes a mí me constaba la buena intención. En vano quise persuadirles de ello; no fué posible. ¡ Ah, maldito orgullo! ¡ muy grande es el mal que causas y muchas las almas que arrastras al infierno! Decidme, H. M., ¿poseemos mejores indicios acerca de las acciones del prójimo a quien juzgamos, que los que podían ver a San Nicolás rondando aquella casa, y buscando la puerta de la morada de aquellas doncellas? ¿tenemos mejores señales que los que pudieron ver a la hermosa Judit adornándose con esmero y presentándose con aire seductor ante Holofernes? No, H. M., en nuestros juicios sobre el prójimo casi nunca poseemos indicios tan verosímiles como los que poseían los que vieron a la mujer de Putifar con un jirón del manto de José en sus manos, anunciando a gritos, a cuantos querían escucharla, que él había querido robarle la honra. Aquí veis, H. M., tres ejemplos que el Espíritu Santo nos ofrece, para enseñarnos cuán engañosas sean las apariencias, y cuán expuestos estamos a pecar cuando intentamos juzgar las acciones del prójimo; sobre todo si no hemos de responder de su conducta ante el tribunal de Dios.

Vemos que aquel fariseo juzgaba muy temerariamente al publicano, cuando le acusaba de ladrón, por el solo hecho de cobrar los impuestos, afirmando que exigía más de lo debido y que se valía de su autoridad

para cometer injusticias. Y con todo, aquel pretendido ladrón se retira justificado de la presencia de Dios, mientras aquel fariseo, que se creía perfecto, regresa a su casa más culpable que antes, lo cual nos muestra que muchas veces el que juzga es más culpable que el juzgado. Mas esos orgullosos, esos corazones llenos de envidia y celos, ya que esos tres vicios son los que engendran tantos juicios temerarios sobre la conducta de los demás... ¿Ha sido alguien robado? ¿Se ha perdido algo? En seguida pensamos que tal vez fulano sea el autor de la sustracción, sin tener de ello el menor conocimiento. ¡ Ah ! H. M., si conociéscis bien este pecado, veríais cómo es uno de los más terribles, por lo mismo que es poco conocido y difícil de corregir. Escuchad esos corazones dominados por tan abominable vicio. Si alguien ejerce un empleo de aquellos que se prestan a cometer alguna injusticia, en seguida sacan por conclusión que todos cuantos ocupan aquel cargo obran de la misma manera, que todos son iguales, es decir, unos aprovechados, unos ladrones. Si en una familia hay un hijo que sigue por mal camino, todos los demás son cosa parecida. Si en una parroquia algún feligrés ha cometido algunas villanías, toda la parroquia está compuesta de malos feligreses. Si, entre los sacerdotes, hay tal vez alguno menos santo de lo que debiera, todos los demás sacerdotes son lo mismo, nada valen : lo cual muchas veces no pasa de ser un pretexto para excusar la indiferencia propia acerca de la salvación. Puesto que Judas fué malvado, ¿queréis hacernos creer que los demás apóstoles también lo fueron? De que Caín fué un criminal, ¿queréis deducir que Abel se le asemejaba en esto? Indudablemente que no. Puesto que los hermanos de José fueron unos miserables y malvados, ¿creeréis que también lo fué José? No, ciertamente, antes fué un santo. Porque vemos que una persona se niega a dar una determina-

da limosna, en seguida decimos que es un avariento, que tiene el corazón más duro que una peña, que en lo demás tampoco vale gran cosa; siendo así que, en secreto, habrá realizado grandes actos de caridad, de los cuales sólo tendremos noticia el día del juicio.

¡Ay! H. M., digamos que cada cual «habla de la abundancia de su corazón», según expresa muy bien Jesucristo; «por los frutos conoceremos el árbol» (1). ¿Queréis conocer el corazón de una persona? oíd su conversación. El avaro habla solamente de los avaros, de los que engañan y cometen injusticias; el orgulloso no cesa de zarandear a los que quieren ostentar su mérito, que piensan tener mucho talento, que se alaban de lo que hicieron o de lo que dijeron. El impúdico no sabe sacar de su boca sino comentarios acerca de si fulano lleva mala vida, de si tiene relaciones con fulana, echando a perder su reputación, etc. etc., pues sería muy largo entrar en detalles parecidos.

¡Ah! H. M., si tuviésemos la dicha de estar libres del orgullo y de la envidia, nunca juzgaríamos a nadie, sino que nos contentaríamos con llorar nuestras miserias espirituales, orar por los pobres pecadores, y nada más, bien persuadidos de que Dios no nos pedirá cuenta de los actos de los demás, sino sólo de los nuestros. Por otra parte, H. M., ¿cómo atrevernos a juzgar y a condenar a nadie, aunque le hubiésemos visto cometer un pecado? Nos dice San Agustín que aquel que ayer era un pecador, hoy puede ser un penitente. Al ver el mal que comete el prójimo, digamos a lo menos: ¡Ay! si Dios no me hubiese concedido mayores gracias que a él, tal vez habría llegado aún más lejos. Sí, H. M., el juicio temerario lleva necesariamente consigo la ruina y la pérdida de la caridad cristiana. En efecto,

---

(1) *Ex abundantia cordis os loquitur... Ex fructu arbor cognoscitur* (Matt., XII, 33-34).

H. M., en cuanto sospechamos que una persona se porta mal, dejamos ya de tener de ella la opinión que deberíamos tener. Además, H. M., no es a nosotros a quien los demás han de dar cuenta de su vida, sino solamente a Dios; lo contrario sería querer erigirnos en jueces de lo que no nos compete; los pecados de los demás a ellos deben interesar y los nuestros a nosotros. Dios no nos pedirá cuenta de lo que los otros hicieron, sino de lo que hicimos nosotros; cuidemos, pues, solamente de lo nuestro y en nada nos inquiete lo de los demás. Todo ello, H. M., es trabajo perdido, hijo del orgullo que en nosotros anida, como anidaba en el corazón de aquel fariseo, muy ocupado en pensar y juzgar mal del prójimo, cuando debiera ocuparse de sí propio y en gemir considerando lo miserable de su vida. Sí, H. M., dejemos a un lado la conducta del prójimo y contentémonos con exclamar como David: «Dios mío, hacedme la gracia de conocerme tal cual soy; para que así sepa en qué os he podido desagradar, pueda enmendarme, arrepentirme y alcanzar el perdón». Sí, H. M., en tanto una persona se entretendrá en examinar la conducta de los demás, en tanto dejará de conocerse a sí propia, y no será agradable a Dios, esto es, se portará cual un obstinado orgulloso.

El Señor nos dice: «No juzguéis y no seréis juzgados. De la misma manera que hubiereis tratado a los demás, mi Padre os tratará a vosotros; con la misma medida que hubiereis medido a los demás, seréis vosotros medidos» (1). Por otra parte, H. M., ¿a quién de nosotros gustaría ver mal interpretado cuanto hace o dice? A nadie. ¿Y no dice Nuestro Señor Jesucristo: «No hagas a los demás lo que no quisieras te hiciesen a ti»? (2). ¡Ay! H. M., ¡cuántos pecados cometemos

(1) Matth., VII, 1-2.

(2) Omnia quaecumque vultis ut faciant vobis homines, et vos facite illis (Matth., VII, 12; Tob., IV, 16).

de esta manera ! ¡ Ay ! ¡ cuántos son los que de ello no se dan cuenta, y de consiguiente, jamás se acusaron de tales culpas ! ¡ Cuántas personas condenadas, Dios mío, por no haberse instruído debidamente, o no haber reflexionado sobre cuál debía ser su manera de vivir !

II. — Acabamos de ver cuán común y frecuente sea este pecado, cuán horrible a los ojos de Dios, y, al mismo tiempo, cuán difícil su enmienda. Para no dejaros sin los medios de corregiros de él, veamos cuáles sean los remedios que debemos emplear para preservarnos de caer, o para enmendarnos, si tenemos la desgracia de estar ya dominados por él. El gran San Bernardo nos dice que, si no queremos juzgar temerariamente al prójimo, debemos evitar ante todo aquella curiosidad, aquel desco de saberlo todo, y huir de toda investigación acerca de los hechos y dichos de los demás, o acerca de lo que pasa en la casa del vecino. Dejemos que el mundo vaya siguiendo su camino según Dios le permite, y no pensemos ni juzguemos mal sino de nosotros mismos. Decían un día a Santo Tomás que se fiaba demasiado de la gente, y que muchos se aprovechaban de su bondad para engañarle. Y el Santo dió esta respuesta, digna de que la grabemos en nuestro corazón : «Tal vez sea esto cierto ; pero pienso que sólo yo soy capaz de obrar mal, siendo como soy el ser más miserable del mundo ; prefiero que me engañen a que me engañe yo mismo juzgando mal de mi prójimo» (1). Oíd lo que nos dice el mismo Jesucristo por boca de San Juan : «Quien ama a su prójimo, cumple todos los preceptos de la ley de Dios» (2). Para no juzgar mal de nadie, H. M., debemos

---

(1) Aquí el Santo repite el rasgo histórico citado más arriba, página 53 y sig.

(2) «Qui diligit proximum legem implevit». Esta sentencia es de San Pablo (Rom., XIII, 8).

siempre distinguir entre la acción y la intención que haya podido tener el sujeto al realizarla. Pensad siempre, para vosotros mismos : Tal vez no creía obrar mal al hacer aquello ; quizá se había propuesto un buen fin, o bien se habrá engañado ; ¿quién sabe? puede que sea ligereza y no malicia ; a veces se obra irreflexivamente, mas, cuando vea claramente lo que ha hecho, a buen seguro se arrepentirá ; Dios perdona fácilmente un acto de debilidad ; puede que otro día sea un buen cristiano, un santo...

San Ambrosio nos ofrece un admirable ejemplo, en el elogio que hace del emperador Valentiniano, diciéndonos que aquel príncipe no juzgaba nunca mal de nadie y que dilatava todo lo posible el castigo que a veces veíase obligado a imponer a los súbditos que habían delinquido. Cuando se trataba de jóvenes, atribuía sus faltas a la ligereza de la edad y a su poca experiencia. Si se trataba de ancianos, decía que la debilidad de la vejez y la naturaleza caduca podían servir de excusa ; tal vez habían resistido mucho tiempo antes de obrar el mal, al cual seguramente había ya sucedido el arrepentimiento. Si eran personas constituídas en elevada dignidad, decíase a sí mismo : ¡ Ay ! nadie ignora que las dignidades son un gran peso que nos arrastra al mal ; en cada momento se presenta ocasión de caer. Si eran simples particulares : Dios mío, decía, este pobre quizá ha obrado solamente por temor ; tal vez ha sido para no desagradar a cierta persona a quien debía algún favor. Si eran pobres miserables : ¿quién dudará de que la pobreza es algo muy duro de sufrir? será que ellos tenían necesidad de lo que han hurtado, a fin de no morir de hambre ellos o sus hijos ; es posible que no se hayan decidido sino después de lamentarlo mucho, y aun con el ánimo de reparar el daño que causaban. Pero, cuando el caso era demasiado evidente y en manera alguna podía excusarlo : ¡ Dios

mío !, exclamaba, ¡ cuán astuto es el demonio ! seguramente hará mucho tiempo que le está tentando ; ha caído en esta culpa, no hay duda, pero quizá su arrepentimiento le ha alcanzado ya el perdón ante Dios Nuestro Señor ; ¿ quién sabe ? si Dios me hubiese sometido a semejante prueba, tal vez mis obras habrían sido aún peores. ¿ Cómo tendré, pues, valor para juzgarle y castigarle ? ya le castigará Dios, el cual no se equivocará en sus juicios ; al paso que nosotros muchas veces nos equivocamos por falta de luces ; mas espero que Dios se apiadará de él, y un día rogará por mí, que en cualquier momento puedo caer y perderme.

¿ Veis, H. M., cómo se portaba aquel emperador ; veis cómo siempre hallaba manera de excusar los defectos del prójimo echándolo todo a la buena ? ¡ Ah ! H. M., es que su corazón estaba libre de ese orgullo detestable y de esa envidia que llenan por desgracia el nuestro. Mirad, H. M., mirad la conducta de la gente del mundo, y ved si observa esa caridad cristiana que impulsa a tomarlo todo en buen sentido y nunca en el malo. ¡ Ay ! H. M., si acertásemos a dar una mirada a nuestra vida pasada, no haríamos más que llorar la desgracia de haber perdido los días obrando el mal, y para nada nos preocuparíamos de lo que no nos importa.

Pocos vicios son tan aborrecidos de los santos como el de la maledicencia. Leemos en la vida de San Pacomio que, cuando oía a alguien hablar mal del prójimo, manifestaba una gran repugnancia y extrañeza, y decía que de la boca de un cristiano jamás debían salir palabras desfavorables para el prójimo. Si no podía impedir la murmuración, huía precipitadamente, para manifestar con ello la aversión que por ella sentía (1). San Juan el Limosnero, cuando observaba que alguno se

(1) *Vida de los Padres del desierto*, t. I, p. 327.

atreví a murmurar en su presencia, daba la orden de que otro día no se le franquease la entrada, para hacerle entender que debía corregirse. Decía un día un santo solitario a San Pacomio : «Padre mío, ¿cómo librarnos de hablar mal del prójimo?» Y San Pacomio le contestó : «Debemos tener siempre ante nuestra vista el retrato del prójimo y el nuestro : si contemplamos con atención el nuestro, con los defectos que le acompañan, tendremos la seguridad de apreciar debidamente el de nuestro prójimo para no hablar mal de su persona ; al verlo más perfecto que el nuestro, a lo menos le amaremos como a nosotros mismos». San Agustín, cuando era ya obispo, sentía un horror tal de la maledicencia y del murmurador que, a fin de desarraigar una costumbre tan indigna de todo cristiano, en una de las paredes de su comedor hizo inscribir estas palabras : «Quienquiera que esté inclinado a dañar la fama del prójimo, sepa que no tiene asiento en esta mesa» (1) ; y si alguien, aunque fuese un obispo, caía en la murmuración, le reprendía con viveza diciendo : «O han de borrarse las palabras que están escritas en esta sala, o tened la bondad de levantaros de la mesa antes que la comida haya terminado ; o bien, si no cesáis en este género de conversación, me levanto y os dejo». Possidio, que escribió la vida del Santo, nos dice que él fué testigo de este hecho.

Refiérese, en la vida de San Antonio, que, andando de viaje con otros solitarios, estaban conversando de asuntos edificantes ; pero, como es muy difícil, por no decir imposible, hablar mucho tiempo sin meterse en la conducta del prójimo, al final del camino, dijo San Antonio a los solitarios : «Muy satisfechos podéis estar por haber viajado en compañía de este buen anciano», y

(1) *Quisque amat dictis absentium rodere vitam,  
Hanc mensam indignam noverit esse sibi.*

*Vita S. Augustini, auctore Possidio, Patr. lat., t. XXXII, 52.*

al mismo tiempo, dirigiéndose a un anciano que no había dicho palabra durante el viaje, le dijo: «Y vos, padre mío, ¿habéis tenido buen viaje en compañía de estos solitarios? — No hay duda que son buenos, contestó el anciano, pero no tienen puerta en su casa»; con lo cual quiso dar a entender que no tenían mucho miramiento en sus palabras, y que con frecuencia habían herido la fama del prójimo (1).

¡ Ah! H. M., convengamos en que son pocos los que ponen puertas en su casa, es decir en su boca, para no abrirla en daño del prójimo. ¡ Dichoso el que, si no la tiene a su cargo, sabe prescindir de la conducta del prójimo, para no pensar más que en sí mismo, en llorar sus culpas y poner todo su esfuerzo en enmendarse! ¡ Dichoso aquel que sólo ocupa su corazón y su mente en lo que a Dios se refiere, y no suelta su lengua sino para pedirle perdón, ni tiene ojos más que para llorar sus pecados!...

---

(1) Este rasgo histórico, que sepamos, no se halla en parte alguna de la Vida de San Antonio Abad.

# DOMINGO DUODÉCIMO DESPUÉS DE PENTECOSTÉS

## SOBRE EL PRIMER PRECEPTO DEL DECÁLOGO

*Diliges Dominum Deum tuum.*  
Amarás al Señor tu Dios.

(S. Lucas, X, 27.)

Adorar y amar a Dios, es, H. M., la más hermosa función del hombre acá en la tierra; ya que, por esta adoración, nos hacemos semejantes a los ángeles y a los santos del cielo. ¡Oh Dios mío! ¡cuánto honor y cuánta dicha para una criatura vil, representa la facultad de adorar y amar a un Dios tan grande, tan poderoso, tan amable y tan bienhechor! No, H. M., no; tengo para mí que Dios no debiera haber dado este precepto; bastaba con sufrirnos o tolerarnos postrados ante su santa presencia. ¡Un Dios, H. M., mandarnos que le amemos y le adoremos!... ¿Por qué esto, H. M.? ¿Por ventura tiene Dios necesidad de nuestras oraciones y de nuestros actos de adoración? Decidme, H. M., ¿somos acaso nosotros quienes ponemos en su frente la aureola de gloria? ¿Somos nosotros quienes aumentamos su grandeza y su poder, cuando nos manda amarle bajo pena de castigos eternos? ¡Ah! ¡vil nada, criatura indigna de tanta dicha, de la cual los mismos ángeles, con ser tan santos, se reconocen infinitamente indignos y se postran temblando ante

la divina presencia! (1). ¡Oh Dios mío! ¡cuán poco apreciados son del hombre una dicha y un privilegio tales!... Pero no, H. M., no salgamos por eso de nuestra sencillez ordinaria. ¡Ah! H. M., el pensamiento de que podemos amar y adorar a un Dios tan grande, se nos presenta tan por encima de nuestros méritos, que nos aparta de la vía sencilla. ¡Ah! H. M., ¡poder amar a Dios, adorarle y dirigir a El nuestras oraciones! ¡Oh Dios mío, cuánta dicha!... ¿quién podrá jamás comprenderla?... No, H. M., nuestros actos de adoración y toda nuestra amistad, nada añaden a la felicidad y gloria de Dios; pero Dios no quiere otra cosa que nuestra dicha acá en la tierra, y sabe que ésta sólo se halla en el amor que por El sintamos, sin que consigan jamás hallarla todos cuantos la busquen fuera de El. De manera, H. M., que, al ordenarnos Dios que le amemos y adoremos, no hace más que forzarnos a ser felices. Veamos pues ahora: 1.º en qué consiste esta adoración que a Dios debemos y que tan dichosos nos vuelve, y 2.º de qué manera debemos rendirla a Dios Nuestro Señor.

I. — Si me preguntáis ahora, H. M., qué es adorar a Dios, vedlo aquí, Es, a la vez, creer en Dios y creer a Dios. Fijaos, H. M., en la diferencia que hay entre creer en Dios y creer a Dios. *Creer en Dios*, que es la fe de los demonios, consiste en creer que hay un Dios, que premia la virtud y castiga el pecado. ¡Oh Dios mío! ¡cuántos cristianos carecen aún de la fe de los demonios! Niegan la existencia de Dios, y en su ceguera y frenesí se atreven a sostener que, después de este mundo, no hay ni premio ni castigo. ¡Ah! desgraciados, si la corrupción de vuestro corazón os ha

---

(1) Et caelites et inferi — Tremente curvantur genu. (Del himno *Creator alme siderum*, Tiempo de Adviento).

llevado ya hasta un tal grado de ceguera, id a interrogar a un poseso, y él os explicará lo que de la otra vida debéis pensar; os dirá que necesariamente el pecado es castigado y la virtud recompensada. ¡Oh! ¡qué desgracia, H. M.! ¿De qué extravagancias es capaz el corazón que dejó extinguir su fe? *Creer a Dios* es reconocerle como tal, como nuestro Criador, como nuestro Redentor; es tomarle por modelo de nuestra vida; es reconocerle como Aquel de quien dependemos en todas nuestras cosas, ya en cuanto al alma, ya en cuanto al cuerpo, ya en lo espiritual, ya en lo temporal; es reconocerle como Aquel de quien lo esperamos todo y sin el cual nada podemos. Vemos, en la vida de San Francisco, que pasaba noches enteras sin hacer otra oración que ésta: «Señor, Vos lo sois todo y yo no soy nada; sois el Criador de todas las cosas y el Conservador del universo, y yo no soy nada».

Adorar a Dios, H. M., es ofrecerle el sacrificio de todo nuestro yo, o sea, someternos a su santa voluntad en las cruces, en las aflicciones, en las enfermedades, en la pérdida de bienes, y estar prestos a dar la vida por su amor, si ello fuese preciso. En otros términos, H. M., es hacerle ofrenda universal de todo cuanto somos, a saber: de nuestro cuerpo por un culto externo, y de nuestra alma, con todas sus facultades, por un culto interno. Expliquemos esto, H. M., de una manera más sencilla. Si pregunto a un niño: ¿Cuándo debemos adorar a Dios, y cómo hemos de adorarle?, me contestará: «Por la mañana, por la noche, y con frecuencia durante el día, o sea, continuamente». Es decir, H. M., hemos de hacer en la tierra lo que los ángeles hacen en el cielo. Nos dice el profeta Isaías que vió al Señor sentado en un radiante trono de gloria; los serafines adorábanle con tan gran respeto, que llegaban hasta ocultar sus pies y su rostro con las alas, mientras cantaban sin cesar: «Santo, Santo, San-

to, es el Señor Dios de los ejércitos ; gloria, honor y adoración le sean dados por los siglos de los siglos» (1). Leemos en la vida de la beata Victoria, de la Orden de la Encarnación, que en su comunidad había una religiosa muy devota y llena de amor divino. Un día, mientras estaba en oración, el Señor la llamó por su nombre ; y aquella santa religiosa le contestó con su sencillez ordinaria : «¿Qué queréis de mí, oh mi divino Jesús?» Y el Señor le dijo : «Tengo en el cielo los serafines que me alaban, me bendicen y me adoran sin cesar ; quiero tenerlos también en la tierra, y quiero que tú te cuentes en su número». Es decir, H. M., que la función de los bienaventurados en el cielo no es otra que la de ocuparse en bendecir y alabar a Dios en todas sus perfecciones, cuya función debemos también cumplir mientras estamos en la tierra ; los santos la cumplen gozando y triunfando, nosotros luchando. Nos cuenta San Juan que vió una innumerable legión de santos, los cuales estaban ante el trono de Dios, diciendo de todo corazón y con todas sus fuerzas : «Honor, bendición, acción de gracias sean dadas a nuestro Dios» (2).

II. — Digo pues, H. M., que hemos de adorar a Dios con frecuencia, primero con el cuerpo : esto es, que, al adorar a Dios, debemos arrodillarnos, para manifestar así el respeto que tenemos a su santa presencia. El santo rey David adoraba al Señor siete veces al día (3), y permanecía tanto tiempo arrodillado, que, según él mismo declara, a fuerza de orar hincado de hinojos, se le habían debilitado las rodillas (4). El profeta Daniel, durante su permanencia en Babilonia,

---

(1) Is., VI, 1-3.

(2) Apoc., V, 13.

(3) *Septies in die laudem dixi tibi* (Ps. CXVIII, 164).

(4) Ps. CVII, 24.

adoraba a Dios tres veces cada día, postrándose de cara a Jerusalén (1). El mismo Jesucristo, aunque ninguna necesidad tenía de orar, para darnos ejemplo, pasaba a menudo las noches en oración (2), arrodillado, y muchas veces la faz en tierra, como lo hizo en el Huerto de los Olivos. Son en gran número los santos que imitaron a Jesucristo en la oración. San Jaime adoraba con frecuencia al Señor, no solamente arrodillado, sino además con la faz en tierra, de tal manera que su frente a fuerza de estar en contacto con el suelo, se había vuelto dura como la piel de camello (3). Vemos en la vida de San Bartolomé que doblaba cien veces la rodilla durante el día y otras tantas durante la noche (4). Si no os es posible, H. M., adorar a Dios de rodillas y con tanta frecuencia, a lo menos tened como un deber estricto hacerlo por la mañana y por la noche, y de cuando en cuando durante el día, aprovechando los momentos en que os halláis solos en casa; con ello mostraréis a Dios que le amáis y que le reconocéis por vuestro Criador y Conservador.

Sobre todo, H. M., después de haber entregado nuestro corazón a Dios al despertarnos, después de haber alejado todo pensamiento que no se refiera a las cosas de Dios, después de habernos vestido con modestia, sin apartarnos de la presencia de Dios, debemos practicar nuestras oraciones con el mayor respeto posible, empleando en ello buen espacio de tiempo. Hemos de procurar no dar comienzo a trabajo alguno antes de la oración: ni tan sólo arreglar la cama, emplearnos en quehaceres domésticos, poner las ollas al fuego, llamar a los hijos o a los criados, dar de comer al

---

(1) Dan., VI, 10.

(2) Luc., VI, 12.

(3) Santiago el Menor. Véase lo que se lee en su oficio, en el día 1.º de mayo, 5.ª lección de maitines.

(4) Ribadeneira, 24 de agosto.

ganado, así como tampoco ordenar trabajo alguno a los hijos o a los servidores antes que hayan practicado sus oraciones. Si hicierais esto, seríais el verdugo de su pobre alma ; y si lo habéis hecho ya, debéis confesaros de ello, y mirar de no recaer jamás en culpa semejante. Tened presente que es por la mañana la hora en que Dios nos prepara cuantas gracias nos son necesarias para pasar santamente el día. De manera que, si no practicamos nuestras oraciones o las practicamos mal, perdemos todas aquellas gracias que Dios nos tenía destinadas para que nuestras acciones fuesen meritorias. Sabe muy bien el demonio cuán provechoso sea para un cristiano hacer rectamente la oración ; por esto no perdona medio alguno para inducirnos a dejarla o hacerla mal. Decía en cierta ocasión, por boca de un poseso, que, si podía lograr para sí el primer instante del día, tenía por seguro quedar dueño del resto.

Para practicar la oración de un modo conveniente, debéis, ante todo, tomar agua bendita a fin de ahuyentar al demonio, y hacer la señal de la cruz, diciendo : «Dios mío, por esta agua bendita y por la preciosa Sangre de Jesucristo vuestro Hijo, lavadme, purifícadme de todos mis pecados». Y estemos ciertos de que, si lo practicamos con fe, mientras no estemos manchados por pecado mortal alguno, borraremos todos nuestros pecados veniales. ¡ Oh Dios mío ! ¿ podrá un cristiano cometer un pecado que, como el mortal, le roba el cielo y le aparta de Dios por toda una eternidad?... ¡ Oh Dios mío, qué desgracia ! ¡ y cuán poco conocida del pecador !

Digo que debemos practicar la oración arrodillados, y no echados en una poltrona o sobre la cama, ni tampoco cómodamente sentados al amor de la lumbre ; no obstante no hay inconveniente en que nos apoyemos en el respaldo de una silla. Hemos de comenzar la oración por un acto de fe lo más viva posible, penetrán-

donos profundamente de la presencia de Dios, o sea de la grandeza de un Dios tan bueno, que tiene a bien sufrirnos en su santa presencia, a nosotros que desde tanto tiempo mereceríamos ser precipitados en el abismo infernal. Hemos de andar con cuidado en no distraernos, ni distraer a los demás que oran, fuera de un caso evidentemente necesario; puesto que, al tener que atender a nosotros o a lo que les decimos, hacen mal su oración, por nuestra causa.

Tal vez me preguntaréis: ¿cómo hemos de adorar, o sea, orar ante Dios continuamente, siendo así que no podemos permanecer todo el día arrodillados? Nada más fácil; escuchadme un instante, y veréis cómo se puede adorar a Dios y orar ante El sin dejar el trabajo, de cuatro maneras: de pensamiento, de deseo, de palabra y de obra. Digo, primero, que podemos hacer esto por medio del pensamiento. En efecto, cuando amamos a alguien, ¿no experimentamos un cierto placer al pensar en él? Pues bien, H. M., ¿quién nos impide pensar en Dios durante el día, ya recordando los sufrimientos que Jesús aceptó por nosotros, ya considerando cuánto nos ama, cuánto desea hacernos felices, toda vez que quiso morir por nuestro bien; cuán bueno fué para con nosotros al hacernos nacer dentro el gremio de la Iglesia Católica, donde tantos medios hallamos para ser felices, es decir, para salvarnos, al paso que muchos otros no disfrutaban de tan singular privilegio? Durante el día podemos de cuando en cuando levantar nuestros pensamientos y dirigir nuestros deseos al cielo, para contemplar anticipadamente los bienes y las felicidades que Dios nos tiene allí preparados para después de unos cortos instantes de lucha. El solo pensamiento de que un día iremos a ver a Dios, y quedaremos libres de toda clase de penas, ¿no debería ya consolarnos en nuestras tribulaciones? Si sentimos sobre nuestros hombros algún peso que nos abru-

ma, pensemos al momento que en ello seguimos las huellas de Cristo llevando la cruz a cuestas por nuestro amor; unamos, pues, entonces nuestras penas y sufrimientos a los del Salvador. ¿Somos pobres? dirijamos nuestro pensamiento al pesebre: contemplemos a nuestro amable Jesús acostado en un montón de pajas, careciendo de todo recurso humano. Y si queréis, miradle también agonizante en la cruz, despojado de todo, hasta de sus vestidos. ¿Nos vemos calumniados? pensemos, H. M., en las blasfemias que contra El vomitaron durante su pasión, siendo El la misma santidad. Algunas veces durante el día, salgan de lo íntimo de nuestro corazón estas palabras: «Dios mío, os amo y adoro juntándome a todos los ángeles y santos que están en el cielo». Dijo un día el Señor a Santa Catalina de Sena: «Quiero que hagas de tu corazón un lugar de retiro, donde te encierres conmigo y permanezcas allí en mi compañía». ¡Cuánta bondad, H. M., de parte del Salvador, al complacerse en conversar con una miserable criatura! Pues bien, H. M., hagamos también nosotros lo mismo; conversemos con el buen Dios, nuestro amable Jesús, que mora en nuestro corazón por la gracia. Adorémosle, entregándole nuestro corazón; amémosle consagrándonos enteramente a El. No dejemos transcurrir ni un solo día sin agradecerle tantas gracias como durante nuestra vida nos ha concedido; pidámosle perdón de los pecados, rogándole que no piense jamás en ellos, antes bien los olvide eternamente. Pidámosle la gracia de no pensar más que en El, y de desear tan sólo agradarle en todo cuanto practiquemos durante nuestra vida. «Dios mío, hemos de decir, deseo amaros tanto como todos los ángeles y santos juntos. Quiero unir mi amor al que por Vos sintió vuestra Santísima Madre mientras estuvo en la tierra. Dios mío, ¿cuándo podré ir a veros en el cielo, a fin de amaros más perfectamente?» Si nos hallamos

solos en casa, ¿quién nos impedirá arrodillarnos? Y mientras tanto podríamos decir: «Dios mío, quiero amaros de todo corazón, con todos sus movimientos, afectos y deseos; ¡cuánto tarda en llegar el momento de ir a veros en el cielo!» ¿Lo veis, H. M., cuán fácil sea conversar con Dios, y orar continuamente? En esto consiste, H. M., orar todo el día.

2.º Adoramos también a Dios mediante el deseo del cielo. ¿Cómo no desear la posesión de Dios y el gozar de su visión, cuando ello constituye todo nuestro bien?

3.º Hemos dicho que hemos de orar también de palabra. Cuando amamos a alguien, ¿no sentimos gran placer en ocuparnos y hablar de él? Pues bien, H. M., en vez de hablar de la conducta de fulano o de zutano, cosa que casi nunca hacemos sin ofender a Dios, ¿quién nos impide hacer girar nuestra conversación sobre las cosas de Dios, ora leyendo la vida de algún Santo, ora refiriendo lo que oímos en algún sermón o instrucción catequística? Ocupémonos sobre todo de nuestra santa religión, de la dicha que la religión nos proporciona, y de las gracias que Dios nos concede a los que a ella pertenecemos. ¡Ay! H. M., así como muchas veces basta una sola mala conversación para perder a una persona, no es raro tampoco que una conversación buena la convierta o le haga evitar el pecado. ¡Cuántas veces, después de haber conversado con alguien que nos habló del buen Dios, nos hemos sentido vivamente inclinados a El, y habremos propuesto portarnos mejor en adelante!... Esto es lo que multiplicaba tanto el número de los santos en los primeros tiempos de la Iglesia; en sus conversaciones no se ocupaban de otra cosa que de Dios. Con ello los cristianos se animaban unos a otros, y conservaban constantemente el gusto y la inclinación hacia las cosas de Dios.

4.º Hemos dicho que debíamos adorar a Dios con

nuestros actos. Nada más fácil ni más meritorio. Si queréis saber de qué manera se hace, vedlo aquí. Para que nuestras acciones sean meritorias y resulten una oración continuada, ante todo hemos de ofrecerlas todas a Dios por la mañana, de una manera general; esto es, hemos de ofrecerle todo cuanto haremos durante el día. Antes de empezar la jornada, podemos decir a Dios Nuestro Señor: «Dios mío, os ofrezco todos los pensamientos, deseos, palabras y obras que ejecutaré en el día de hoy; hacedme la gracia de practicarlo todo rectamente y con la sola mira de agradaros a Vos». Después, durante el día, procuraremos renovar repetidamente este ofrecimiento, diciendo a Dios: «Ya sabéis, Dios mío, que os tengo prometido desde la mañana hacerlo todo por amor vuestro». Si damos alguna limosna, dirijamos nuestra intención, diciendo: «Dios mío, recibid esta limosna o este favor que voy a hacer al prójimo; en méritos de ella, concededme tal o cual gracia». Unas veces podéis hacerla en honor de la muerte y pasión de Jesucristo, para obtener vuestra conversión, la de vuestros hijos, la de vuestros criados o la de cualquier otra persona por la cual os intereséis; otras veces podéis ofrecerla en honor de la Santísima Virgen, pidiéndole su protección para vosotros o para el prójimo. Cuando nos mandan algo que nos repugna, digamos al Señor: «Dios mío, os ofrezco esto en honor del sagrado momento en que se os condenó a morir por mí». ¿Trabajamos en algo que nos causa mucha fatiga? ofrezcamos la molestia a Dios, para que nos libre de las penas de la otra vida. En las horas de descanso, levantemos al cielo nuestra mirada, como el lugar donde otro día descansaremos eternamente. Ved pues, H. M., cuánto ganaríamos para el cielo si nos portásemos de esta manera, sin necesidad de hacer más de lo que hacemos de ordinario, con tal que lo practicásemos únicamente por Dios y con la sola intención de agradarle.

Nos dice San Juan Crisóstomo que hay tres cosas que atraen nuestro amor: la belleza, la bondad y el mismo amor. «Pues bien, nos dice este gran Santo, de estas tres cualidades está adornado Dios.» Leemos en la vida de Santa Lidwina (1) que, viéndose atacada de muy violentos dolores, apareciósele un ángel para consolarla. Ella misma nos lo cuenta: le pareció tan excelsa su hermosura y quedó tan arrebatada, que se olvidó de todos sus sufrimientos. Al ver Valeriano el ángel que custodiaba la pureza de Santa Cecilia, quedó tan prendado de su belleza y movióle de tal manera el corazón, con todo y ser todavía pagano, que se convirtió al momento (2). San Juan, el discípulo amado, nos cuenta que vió a un ángel de singular belleza, y quiso adorarle; mas el ángel le dijo: «No hagas esto, pues soy solamente un servidor de Dios como tú» (3). Cuando Moisés pidió al Señor la gracia de poder ver su rostro, el Señor le contestó: «Moisés, es imposible que un mortal vea mi rostro sin morir; es tan grande mi belleza, que la persona que me vea no podrá vivir más; por la sola vista de mi belleza, es preciso que su alma salga del cuerpo» (4). Nos cuenta Santa Teresa que Jesucristo se le apareció muchas veces; pero que jamás hombre alguno podrá formarse idea de la grandeza de su hermosura, muy superior a todo cuanto podemos imaginar. Decidme, H. M., si acertásemos a formarnos una idea de la hermosura de Dios, ¿podríamos dejar de amarle? ¡Oh! ¡cuán ciegos somos! ¡Ay! no pensamos más que en la tierra y en las cosas creadas,

---

(1) Santa Lidwina, virgen, de la cual habla muchas veces el Santo en sus Sermones, es honrada el 14 de abril. Véase dicho día en la *Vida de los Santos* de Ribadeneyra.

(2) En la obra de Ribadeneyra de que se servía el Santo, la vida de los Santos Tiburcio, Valeriano y Máximo se inserta en el mismo día 14 de abril.

(3) Apoc., XXII, 8-9.

(4) Exod., XXXIII, 20.

y nos olvidamos de las divinas, que nos elevarían hasta Dios, mostrándonos en alguna manera sus perfecciones y moviendo saludablemente nuestro corazón. Oíd a San Agustín : « ¡ Oh hermosura antigua y siempre nueva ! ¡ cuán tarde comencé a amaros ! » (1). Llama antigua la belleza de Dios, porque es eterna, y la llama siempre nueva, porque cuanto más se contempla mayores perfecciones se descubren. ¿ Por qué, H. M., los ángeles y los santos no se cansarán jamás de amar a Dios ni de contemplarle ? Porque experimentarán continuamente un placer y un gusto enteramente nuevos. Y ¿ por qué, H. M., no habremos de hacer lo mismo en la tierra, siendo ello posible ? ¡ Ah ! H. M., ¡ cuán dichosa sería nuestra vida si la empleáramos en prepararnos la gloria del cielo !

Leemos en la vida de Santo Domingo, que llegó a una renuncia tal de sí mismo, que no sabía pensar, ni desear, ni amar otra cosa que a Dios. Después de haber empleado el día trabajando por inflamar en los corazones el fuego del divino amor mediante sus predicaciones, por la noche remontábase hasta el cielo mediante la contemplación y las conversaciones que sostenía con su Dios. Tales eran sus ocupaciones. En sus viajes, pensaba sólo en Dios ; nada era bastante para distraerle de este feliz pensamiento : ¡ cuán bueno y amable es Dios, y cuánto merece ser amado ! No llegaba a comprender cómo pudiesen encontrarse hombres sobre la tierra que no supiesen amar a Dios, siendo El tan amable. Derramaba torrentes de lágrimas por causa de aquellos que no querían amar a un Dios tan bueno y digno de ser amado. Un día los herejes habían hecho conjura maquinando darle muerte, pero Dios le salvó milagrosamente ; y entonces uno de aquellos herejes le preguntó ¿ qué habría hecho, caso de caer

---

(1) *Conf.*, lib. X, cap. XXVII.

en sus manos? Y el Santo respondía: «Siento tan vehementemente desear de amar a Dios, quisiera hasta tal punto sufrir y morir por El, que os habría rogado que no me hubieseis dado muerte de un solo golpe, sino comenzando a cortar mis miembros en tantos fragmentos como os hubiese sido posible, y que, después de arrancarme la lengua, y los ojos uno después de otro, una vez hecho rodar sobre su sangre el tronco de mi cuerpo, me hubieseis cortado la cabeza; y yo quisiera que todos los hombres estuviesen en la misma disposición, puesto que Dios es tan hermoso y tan bueno, que jamás haremos nada que se aproxime a lo que El merece» (1). Pues bien, H. M., ¿es realmente amar a Dios el hallarse en una tan heroica disposición? ¿no es esto amarle de veras, de todo corazón, más que a sí mismo?

Decidme, H. M., ¿le amamos como le amaba aquel Santo, nosotros que parecemos hallar singular placer en ofenderle, nosotros que no queremos aceptar el menor sacrificio para evitar el pecado? Decidme, H. M., ¿amamos a Dios al omitir nuestras oraciones, o hacerlas sin respeto ni devoción? ¿Cuántas veces ni tan sólo nos ponemos de rodillas? ¿Amamos a Dios, H. M., cuando no dejamos tiempo a nuestros criados o a nuestros hijos para orar? ¿Amamos a Dios, H. M., cuando comemos carne los días prohibidos? Decidme, H. M., ¿amamos a Dios cuando trabajamos en el santo día del domingo? ¿Amamos a Dios cuando estamos en el templo sin respeto alguno, ya durmiendo, ya conversando, ya volviendo la cabeza de un lado a otro, ya saliendo a fuera durante los oficios? ¡Ay! H. M., confesémoslo con pena, ¡qué simulacro de adoradores! ¡Ay! ¡cuántos cristianos lo son sólo de nombre!

En tercer lugar, decimos que hay que amar a Dios por ser El infinitamente bueno. Cuando Moisés pidió

---

(1) Ribadeneira, 4 de agosto.

al Señor que le permitiese ver su rostro, el Señor le contestó: «Moisés, si te muestro mi faz, te mostraré el resumen o compendio de todo bien» (1). Leemos en el Evangelio que una mujer se postró ante el Señor y le llamó «Maestro bueno». Y el Señor le dijo: «¿Por qué me llamas Maestro bueno? sólo Dios es bueno» (2); con lo cual nos dió a entender que es la fuente de todo bien. Santa Magdalena de Pazzis nos dice que quisiera tener fuerzas para hacerse oír en los cuatro ámbitos del mundo, a fin de incitar a todos los hombres a amar a Dios, puesto que es infinitamente amable. Leemos en la vida de San Jaime, religioso de la Orden de Santo Domingo (3), que corrió la campiña y los bosques, clamando con todas sus fuerzas: «¡ Oh cielo! ¡ oh tierra! ¿no amáis a Dios cual lo aman las demás criaturas, ya que es El infinitamente digno de ser amado? ¡ Oh Salvador mío! si los hombres son tan ingratos que no os amen, ¡ amadle vosotras, criaturas todas, a vuestro Creador tan bueno y tan amable!» ¡ Ah! H. M., si pudiésemos llegar a comprender la felicidad que se alcanza amando a Dios, lloraríamos día y noche por haber vivido tanto tiempo privados de esta dicha... ¡ Ay! ¡ cuán miserable es el hombre! ¡ un simple respeto humano, un insignificante «qué dirán», le impiden mostrar a sus hermanos el amor que tiene a Dios!... ¡ Oh Dios mío! ¿no resulta ello incomprendible?...

Leemos en la historia que los verdugos que atormentaban a San Policarpo, le decían: «¿Por qué no adoras a los ídolos?» — «Porque no puedo, contestó; pues no adoro sino a un solo Dios, Creador del cielo y de la tierra». — «Pero, replicaban ellos, si no haces

---

(1) Ex., XXXIII, 18-19.

(2) Matth., XIX, 17.

(3) Su fiesta está señalada en 12 de octubre. Ribadeneira.